

Canalejas

» Estudio político publicado
en la Revista «Nuestro Tiem-
po», en Diciembre de 1905. «

POR

EMILIO BRAVO



MADRID

AMBROSIO PÉREZ Y COMPAÑÍA, IMPRESORES

Pizarro, 16.—Teléfono 1.069

1906

CANALEJAS

Aspiro á reflejar algo de lo que, á juicio mío, representa Canalejas en la política española; pero no crea por ello el hombre ilustre á quien estos apuntes se refieren, no crean tampoco los lectores, que voy á quemar incienso ante las gradas de un César; voy, únicamente, á rendir tributo á la verdad.

Tributo que será modesto, ¡no en balde soy yo su autor!, pero que expresa una entusiasta adhesión á los hermosos ideales democráticos.

¡Corrían días tristes para nuestra Patria en las postrimerias del año 1900!

¿Os acordáis?

El Poder público había concitado sus odios contra la prensa liberal, que hacía notable campaña de propaganda democrática.

El Gobierno del General Azcárraga, reaccionario y clerical como pocos, tuvo el triste sino de que durante sus días de mando se agitasen cuestiones como la de la boda de la Princesa, el proceso famoso de la señorita de Ubao, las denuncias que llovian contra el *Heraldo de Madrid* y otros periódicos, las algaradas populares en las calles más céntricas de la capital de España, y la representación de la famosa obra de Galdós *Electra*, que determinaron una profunda agitación de los elementos más importantes de la sociedad liberal española.

Entonces fué cuando el Sr. Canalejas, con una valentía y entusiasmo por nadie superados, dijo desde los escaños del Parlamento:

—*¡Hay que dar la batalla al clericalismo!*

Este grito conmovió rápidamente á los elementos intelectuales de nuestra nación. Los liberales se agitaron con alegría al ver resurgir una potente personalidad que hacía caso omiso de los peligros de su arriesgado paso. Los reaccionarios, con cólera y despecho, al verse batidos con valentía ante la faz de la representación nacional. Todos con verdadero estupor, con asombro.

Y el grito cundió por las ciudades y los campos, bajó á los valles, escaló las cumbres de las montañas, siguió el curso de las corrientes de los ríos, y por todas partes se oyó repercutir un eco viril que atronaba los espacios, diciendo:

—*¡Hay que dar la batalla al clericalismo!*

Tras el asombro, vino la curiosidad, y se preguntaban muchos:

—¿Quién es Canalejas?

Y se hizo del dominio común el conocimiento de que este hombre, antes de tener diez y ocho años de edad, explicaba la cátedra de Literatura en la Universidad de Madrid; que en el Ateneo había conquistado los primeros triunfos de su oratoria; que á los veinticinco años representó en el Congreso el distrito de Soria; que fué Subsecretario de la Presidencia con Posada Herrera; que perteneció al grupo del gran Martos, el cual lo distinguía mucho; que en Junio de 1888 fué Ministro de Fomento, en Diciembre del mismo año Ministro de Gracia y Justicia, y que la cartera de Hacienda la desempeñó desde Diciembre de 1894 á Marzo de 1895.

Se recordaron sus célebres campañas parlamentarias acerca de las reformas militares de Cassola; sus notables discursos de apertura de la Academia de Jurisprudencia; sus comentadas conferencias del Casino Militar. Se habló de sus elocuentes oraciones forenses y de sus razonados é intencionadísimos artículos periodísticos.

Pero todo esto, con ser tanto y tan importante, quedaba obscurecido ante su célebre acto de protesta contra el clericalismo. Aquello era, en más ó en menos, semejante á las condiciones de nuestros más conspicuos políticos; esto último rebasaba el molde estrecho de los demás; tomaba proporciones gigantescas; creaba una nueva importantísima personalidad.

Y Canalejas fué desde entonces objeto de un detenidísimo estudio, de apasionadas críticas, de rudos combates.

Se estudió su pasado y su presente, para poder deducir por ellos cuál podría ser su porvenir.

Todos los partidos políticos, todos los órganos de la opinión en la prensa, las Revistas más importantes, los libros de política y de sociología, dedicaron profunda atención al estudio de este hombre.

Si fuéramos á reproducir aquí cuanto de él se ha dicho, tendríamos que dar cabida á las más antitéticas y contrapuestas opiniones.

¿Para qué fantasear?

Vengamos á la realidad.

Estudiemos á Canalejas por lo que es él en sí, no por lo que digan sus amigos ni sus adversarios.

Canalejas es un espíritu educado á la moderna, que siente profundo amor por las conquistas sociales, y comprende el daño que á nuestra Patria hace la política de la estabilidad y de la rutina.

Es un obrero intelectual y su fama se ha extendido mucho; fama ganada palmo á palmo, á fuerza de leer libros, de pronunciar notables discursos, de emborronar innumerables cuartillas.

Ha disfrutado las caricias de la fama; ha sentido el arrullo de los aplausos y de las aclamaciones populares; ha conseguido que al conjuro de su palabra se estremecan las muchedumbres.

Ha salido de la esfera de su Patria, llenando su nombre los inmensos horizontes de la fama internacional.

Tiene la amargura y el dolor espiritual de verse maltratado por muchos que ni siquiera se han tomadado el trabajo de estudiar sus predicaciones para comprender su alcance.

En medio de la ignorancia ambiente, representa el saber y la cultura. Despreciador de las preeminencias oficiales, refleja la elevación de su pensamiento en los discursos académicos y en los trabajos periodísticos, que prefiere á toda otra cosa.

Tiene luz propia, y muy intensa; la luz que tienen los que son astros del pensamiento humano. Con ella puede iluminar á un partido político para que marche por el camino de la regeneración.

Conciencia recta, espíritu candoroso, altruista en demasía, la desgracia ha sido su constante compañera, que debe haberle enseñado muy bien el camino de las amargas y de los desengaños.

Sacrifica todo á sus ideas, y por ello sufre la envidia de sus contrarios y la maledicencia de sus allegados, que ambas malas pasiones rodean siempre á todo aquel que sobresale.

No ha podido ver aún aquellos días verdaderamente felices en que las ambiciones, por grandes que sean, siempre que sean legítimas, obtienen como galardón á su constancia el triunfo y la victoria.

Más que político, es un apóstol, un reformador. Le falta para lo primero el conocimiento de los hombres.

Dedicado al estudio, ha consagrado casi toda su vida á leer libros; pero no se ha ocupado de estudiar á los hombres, que son libros abiertos, en los que se aprende algunas veces mucho más que en los que están escritos con letras de imprenta.

Para llegar al complemento de la política necesita venir á la realidad de ella, por triste y desagradable que sea.

La política supone orientaciones que sólo pueden dar la sabiduría de los que la dirigen. Para ello el estudio.

Pero la política se hace con hombres, á los que es preciso conocer, para servirse de ellos según sus aptitudes, y que no fracase la obra reformadora.

Sagasta, con una octava parte de cultura de la que posee Canalejas, dirigió muchos años un partido abigarrado y heterogéneo, sirviéndole sólo para ello su gran conocimiento de los hombres.

Canalejas estará en su plenitud política el día que se dedique á estudiar á cuantos le rodean, y con su talento le será facilísimo conocer lo que cada uno puede dar de sí.

Tiene una gran personalidad: la que le da su talento y su enorme cultura; puede contar con el cariño y la confianza del pueblo; tiene su inteligencia oreada con las corrientes de la Europa liberal; está exento del entusiasmo latino, tan fogoso como enervante, y puede ver con serenidad cuantos peligros y asechanzas traten de estorbar el logro de sus destinos.

En una palabra: ¡el porvenir es suyo!

Y dichas las anteriores consideraciones acerca de su persona, vamos á analizar un poco su programa.

Los programas de los políticos suelen ser como los árboles, que en Abril se cubren siempre de nuevas hojas, pero que éstas se caen en otoño.

Los políticos hacen siempre grandes promesas, que luego se convierten en desengaños, descubriéndose la mala fe del que las hacía, como las hojas que, al caer, dejan al descubierto el tronco. Pero todavía los árboles dan fruto, que sirve para la nutrición y para nuevas

plantaciones. Los políticos no dan nada; dejan en pos de sí la soledad y el vacío.

Sólo de Canalejas se espera que dé algún fruto que redima y salve á esta desventurada nación.

Su programa es obra de meditación, de estudio, de fina observación; que ha contrastado en la realidad de otros pueblos el valor y el alcance de sus afirmaciones, y se halla dispuesto á cumplir todo aquello que ha predicado, porque tan instruído como ha sido para confeccionarlo, es honradamente intencionado para cumplirlo.

Quiere que el pueblo se eduque y comprenda la importancia de sus teorías; no quiere hacer valer éstas á toda costa, por un prurito de amor propio; confía en la virtud de su causa, y espera en el triunfo de ella con la tranquilidad del que, habiendo sabido fundar una escuela política, no quiere comprometerla en locas aventuras.

De los políticos actuales, Canalejas es de los primeros que han dado á la ciencia de la Gobernación del Estado orientación definida y racional, concordante con los adelantos de la Sociología.

Comprende que es necesario gobernar ateniéndose á lo que la realidad pide y enseña, y en contraposición al dogma del gubernamentalismo, seguir los preceptos de la política experimental.

Quiere radicalismo en todo, como se emplea en la gobernación de otros pueblos que no son decadentes como el nuestro, por su miedo á las reformas.

Es un error creer que la campaña de Canalejas va contra la religión, porque nadie como los demócratas tienen que observar la virtud de la tolerancia. Pedimos respeto á nuestras ideas políticas, y ¿cómo vamos á perturbar á nadie en el ejercicio de sus prácticas religiosas?

No queremos revoluciones religiosas; vivimos en el mundo, y la materialidad de éste hace que necesitemos pan, nuestro alimento cotidiano. La competencia es ruda, y para ganar el pan hay que reñir batallas, pero no son batallas religiosas. Lo primero es vivir, que bien alimentado el cuerpo, podremos después filosofar.

Aquí, donde vemos que los que parecían radicalismos peligrosos son acogidos como enseña de falaces promesas por aquellos mismos que los combatieron, sin comprender que ya la palabra no tiene valor alguno en la política, y que hay que predicar con el ejemplo para adquirir verdadera notoriedad.

Es un error crasísimo confundir á Canalejas con los enemigos del orden social; combate todo aquello que supone atraso en nuestras costumbres políticas y sociales, parangonándolas con las de otras naciones de Europa, que marchan á la cabeza de la civilización y del progreso; pero jamás contribuiría á una obra demoledora de la familia ó de la propiedad.

El problema obrero es de una gravedad é importancia extraordinarias. Hay que atender á la clase jornalera con verdadero interés; hay que aumentar el salario del trabajador para que se alimente bien, y, además del bienestar físico que una ley de humanidad impone, se acrecienten las fuerzas de productividad que los principios económicos aconsejan. No hay que depauperar las fuerzas humanas de los trabajadores, porque la decadencia física trae aparejada la incapacidad productiva, y como final, la extinción de la raza.

España no es, desgraciadamente, un verjel, ni mucho menos una nación rica y potente.

Con falsos espejismos quiere engañarse á las gentes, y la Administración pública esquilma las fuerzas productivas de la nación, y el pavoroso problema de la vida se agita por doquier, y la fatídica palabra ¡hambre! asoma su cabeza por muchos puntos.

Canalejas quiere acabar con este mal.

Tiene que continuar defendiendo sus ideas; tiene que seguir afe-rrado á la vida política, porque si la abandonara, se advertiría en seguida el vacío enorme que dejaría.

La política es prosa, prosa vulgar que sólo vive de pasiones y que sólo atiende con interés las cuestiones puramente personales; Canalejas, rompiendo con esas tradiciones, atiende á ideales puros de regeneración, y en medio de la ignorancia común y corriente de la mayoría de nuestros hombres políticos, conoce el modo de ser de este pueblo, tan necesitado de regeneración en sentido democrático y anticlerical, y es partidario de todo lo grande y levantado, en contraposición á la política de ahora, en la que no prevalece nada más que lo nimio, lo pequeño, lo insignificante.

Después del famoso acto de protesta contra el clericalismo, la opinión esperaba impaciente nuevas manifestaciones del Sr. Canalejas, para deducir por ellas si persistía en su conducta de variar por completo los moldes trillados en que se inspiraban los políticos españoles, ó transigía, como todos, por apetitos ó ambiciones de mando.

Llegó el año 1902.

La situación del Gobierno liberal, presidido por el Sr. Sagasta, era muy crítica. Los principales personajes del partido expresaban públicamente su pesimismo, en términos que recordaban los últimos días del imperio bizantino.

A pesar del triunfo obtenido por el Sr. Sagasta en las secciones del Congreso, al elegirse la candidatura presentada por el Sr. Urzáiz para la ley del Banco, como el propio Sagasta abandonó poco después al Ministro de Hacienda, la dimisión irrevocable de éste determinó la crisis ministerial.

Fué ésta una de las crisis más laboriosas que se han registrado en nuestro país. Todos los intentos de formar Gabinetes de amplísima concentración, en que figuraran, además de los primates liberales, tales como Montero Ríos, Canalejas, Moret, el Marqués de la Vega de Armijo, el General Weyler y López Puigcerver, hombres como López Dominguez, el Duque de Tetuán, Romero Robledo y Maura, resultaron inútiles.

Canalejas fué llamado por Sagasta para cooperar á la obra del partido liberal, y á diferencia de lo hecho por el Sr. Moret, que exigió para entrar en el Gobierno el ir al Ministerio de la Gobernación, no hizo petición alguna de puestos, ni habló de personas.

Puso una sola condición: la de que se aceptase un programa claro, amplio y concreto, que abarcase problemas de tan palpitante actualidad como el religioso, el social y otros.

Hubo varias conferencias para la confección de este programa, y el Sr. Canalejas exigió que se consignaran por escrito los puntos principales á cuyo cumplimiento se obligaba el Gobierno.

Esto causó gran asombro y fué, en general, comentado muy favorablemente para el Sr. Canalejas, porque con su conducta rompía los moldes estrechos de la tradición.

Generalmente, los políticos, al formar parte de un Gobierno, no se preocupan de otra cosa que de los puestos y prebendas.

Este hombre, empero, atendía única y exclusivamente á las ideas; y claro está, la expectación formada dos años antes en torno de la figura de Canalejas, se aumentó extraordinariamente y su fama creció en proporciones notables.

La declaración ó programa que suscribieron los ministros fué leída por el Sr. Sagasta en el Congreso, y en ella se consignaba, de una manera explícita, clara y terminante, que se promulgaría una ley de Asociaciones que regulase los complejos problemas de derecho público, de derecho privado y de orden económico, que el amplio desarrollo de la Asociación, para los diversos fines de la vida en las sociedades modernas, y el acrecentamiento excesivo de las órdenes monásticas en España, hacían de todo punto necesario.

Breve, muy breve, fué el tiempo que Canalejas estuvo en el Ministerio; pero si se recuerda lo que hizo en los tres meses que desempeñó la cartera de Agricultura, se podrá apreciar que fué tanto y tan hondo, que difícilmente se borrarán las huellas de su paso por aquella casa.

Presentó á las Cortes un proyecto de ley creando en su departamento el Instituto del Trabajo, proyecto que fué muy bien recibido por la opinión.

Y llegó un día, verdaderamente memorable, en que el Sr. Canalejas pronunció desde el banco azul su famoso discurso, en el que, contestando al Sr. Romero Robledo, y discutiendo acerca de la armonía que en todos los países civilizados existe entre el capital y el trabajo; habló de los latifundios.

La palabra latifundio causó asombro general, y muchos de los diputados y senadores que la escucharon de labios del Sr. Canalejas, tuvieron que buscar en el Diccionario el significado de ella, que para algunos era completamente nueva; y se enteraron de que este nombre, tradicional é histórico, se aplicaba á una forma de dominio que representaba la vinculación de grandes propiedades de terrenos en pocas manos.

Y esas declaraciones eminentemente socialistas fueron ratificadas nuevamente por el Sr. Canalejas, el cual, en un nuevo discurso, contestando á una rectificación muy hábil del Sr. Romero Robledo, dijo:

«Deseo, anhelo, la transformación de la propiedad territorial. La deseo, sí, aunque no por la violencia, sino por medios legales; porque la constitución actual de la propiedad española, y muy especialmente en Andalucía y en Extremadura, donde junto á los dueños de inmensas extensiones de tierra existe una numerosa población agraria que nada posee y para la que se hace imposible la vida, es un gran peligro para fecha no lejana.

La modificación de que vengo hablando no ha de ser obra exclusivamente mía, ni tampoco del Gobierno, sino de toda la representación del país.»

La impresión que estas declaraciones produjeron en la Cámara

fué realmente enorme; y también lo fué la que causaron en el país cuando fueron conocidas, porque ideas tales se habían enunciado en mitins, en Revistas, en periódicos, en libros de controversia sociológica; empero desde el banco azul no se había dicho nada semejante, ni en tiempos de los más radicales Ministerios de la República.

Y claro está, el país democrático y liberal, todos los que estaban libres de los convencionalismos y de los prejuicios inherentes á las agrupaciones políticas, aplaudieron sin reservas á Canalejas, unos por la excelencia de sus doctrinas, todos por la valentía con que defendía sus ideas, por su orientación política á la moderna.

Por la existencia de los latifundios, la explotación de las riquezas agrícolas de España es muy inferior á las aptitudes productoras del suelo, y cuando las cosechas se pierden por la sequía, el hambre asoma su fatídica cabeza y por doquier hay multitudes famélicas que buscan pan y trabajo.

Es preciso comprender que no se resuelve el problema ni con el empleo de la fuerza, ni por medio de la caridad. Lo primero es contrario al sentimiento de humanidad; lo segundo es deprimente, y además el Estado no tiene fondos para el remedio de todas las miserias de la sociedad.

Hay que buscar la solución estudiando la forma actual del dominio de la tierra, para transformar el régimen de la propiedad.

Cuando Canalejas lanzó desde el banco azul sus famosas teorías sobre los latifundios, fué calificado de radical y de demagogo, y.... más aún, y más ofensivo: de loco; y apenas han transcurrido tres años desde aquel momento solemne, cuando comprenden todos que con leyes desvinculadoras se ha de remediar el mal mejor que con la resistencia. Se acuerda ahora la gente de que para un problema igual en Irlanda, tuvo Inglaterra un Gladstone que lo resolviera, y tratan de estorbar la obra de un Canalejas, que quiere acometer la gran empresa de la reforma agraria.

No recuerdan que Cánovas del Castillo ha sostenido siempre que era necesario atender á las reclamaciones de la clase obrera.

No comprenden que no es posible que hoy tengamos de la propiedad la misma idea que tenían los pensadores de los siglos XVI y XVII. Se combatieron mucho estas teorías de Canalejas, á pesar de que no eran nuevas, pues tenían un tradicional abolengo en las más antiguas instituciones sociales de España, y hasta han tenido estado parlamentario mucho antes de que Canalejas hablase de ello en el Congreso.

Hoy han variado las cosas, á pesar del poco tiempo transcurrido, y la realidad se impone á todos, y se comprende la necesidad de que el Estado expropie las grandes extensiones de terrenos incultos que existen.

Y como complemento airoso de su campaña ministerial, el Sr. Canalejas abandonó el Gobierno, porque no se daba cumplimiento á los compromisos contraídos con respecto al proyecto de ley de Asociaciones.

La personalidad de este político estaba por completo afianzada; su conducta, su manera de proceder, determinó un gran entusiasmo en todas las poblaciones que fué recorriendo en sus viajes de propaganda, comenzados á raíz de haber abandonado el Ministerio.

Contribuyó mucho á su fama el hecho de que, al salir Canalejas del Gobierno, quedaron absolutamente todos los Ministros que con él habían firmado el programa ministerial que dió vida á aquella situación, incluso el Sr. Moret, que dijo hacía de ello cuestión de Gabinete.

Produce verdadero entusiasmo la conducta del Sr. Canalejas. Llegado á las más altas esferas del Poder público, en las que ha podido perdurar todo el tiempo que hubiera tenido por conveniente, ya que su voluntad ha sido el único límite para abandonarlas; ocupando una brillante posición social que le permite todos los sibaritismos de una vida cómoda y regalona; orador que por sus vuelos se remonta á las regiones donde anidan los nombres modernos de Castelar y Gambetta, los nombres antiguos de Cicerón y Demóstenes, ¿qué necesitaba más para su completa y tranquila felicidad que dejarse guiar por los acontecimientos y obrar solamente á impulso de lo que éstos determinasen?

Pero no; atento sólo al bien de España, lamentando nuestro atraso, comprendiendo la necesidad de nuestra regeneración, si España ha de vivir, ha de ser algo en el concierto de las modernas nacionalidades, abandona su vida tranquila, sufre las frases despectivas y los rudos ataques que la envidia de sus adversarios lanza contra él, recorre todos los ámbitos de la Península predicando las hermosas ideas democráticas, y empieza una campaña que, por su importancia y seriedad, no recuerda otra semejante.

Y en aquellos momentos en que los prohombres liberales se entretenían en combinaciones personales para lo futuro, revelando con ello sus ambiciones y sus odios, Canalejas, con absoluta independencia de aquellos fines bastardos, con gran serenidad, se dedicaba á propagar por todas partes sus ideales, sus hermosos ideales democráticos, sin que decayera un solo momento su fe en ellos y su convencimiento de que son los únicos que pueden regenerar á nuestra Patria.

Claro está que es muy difícil evitar que la pasión, llevada á extremos de violencia, deje de actuar en la vida pública; después de todo, son oleadas varoniles que acometen á veces aun á aquellos que más se distinguen por su filosófica templanza.

Estos choques de ideas que la ley del progreso impone, pueden conducirnos al ideal regenerador cuando detrás de ellos hay un nombre cuya entereza y respetabilidad son garantía de positiva victoria; pero pueden ser causa de ruina y desolación cuando no tienen otro móvil que los impulsos que recibe del caciquismo político, que por desgracia impera hoy en la gobernación de este país.

El Sr. Canalejas ha sido, y continúa siendo, la personalidad política más combatida en nuestro país. Dicho sea esto en honor y gloria suya, porque mucho se combate lo que mucho vale, mucho se ataca á quien mucho se teme, y no recuerdo que haya habido jamás otra personalidad política más reciamente combatida.

Hay que remontarse á los tiempos en que Cánovas hizo la Restauración, para hallar términos comparativos entre la campaña que entonces se hacía contra aquel gran estadista y la que hoy se hace contra esta verdadera gloria nacional.

¡Cánovas y Canalejas!

Yo encuentro muchos puntos de contacto entre estos dos colosos del pensamiento, y claro está que me refiero á su talento, á su mirada de águila, á su profundo amor á la Patria española, donde nacieron, á su gran respeto al Parlamento, á su manera de acercarse al Rey como Ministro ó político que le habla el lenguaje de la verdad, no como criado sumiso que, con adulaciones y bajezas, trata de congraciarse con el Soberano.

Por lo demás, yo no puedo olvidar la substancial diferencia que existe entre la arrogante soberbia del que era jefe de la hueste conservadora y aristocrática, y la modesta sencillez del que ha de ser jefe de todas las fuerzas democráticas y populares de la nación.

Y para que la semejanza sea más completa, á Cánovas le cupo la gloria de restaurar, más que la Monarquía derrocada por la Revolución de Septiembre, las libertades constitucionales de la nación.

Canalejas intenta instaurar aquí el pleno dominio de la democracia, el ejercicio de la libertad en todos los órdenes de la vida, el predominio del intelectualismo laico para emancipar la conciencia.

Ejemplo de su civismo es el grandioso mitin de Pamplona, uno de los actos públicos más valientes y más transcendentales que aquí se han realizado hace mucho tiempo, pues se dió la batalla á la reacción, combatiéndola en su propia guarida, y donde Canalejas pronunció un discurso verdaderamente sensacional.

Pruébalo así el que el Sr. Salmerón lo calificó de *notable y fundamental*, y dijo que tenía forzosamente que coincidir en muchos puntos con las afirmaciones hechas por Canalejas en cuanto al problema clerical. Decía más el Sr. Salmerón: decía que la situación de los demócratas sería muy clara y tendría á su lado el formidable auxilio de casi toda la opinión, si se atreviesen á hacer saber al Rey que tenía que dejar de gobernar para que lo hiciese la nación en plena soberanía; que, á semejanza de lo que ocurre en Inglaterra, el Rey no fuera otra cosa que el fiel de la balanza que apreciase el peso de los partidos en los platillos de ella.

Y nadie más capacitado para ello, según el Sr. Salmerón, que el señor Canalejas, por su mayor autoridad en la opinión.

Y tienen tanta mayor importancia estos juicios, aparte la gran autoridad del que los ha emitido, porque han sido expuestos ante grandes masas de republicanos, los cuales, además de intransigentes, no reciben con gusto las alabanzas hechas á personajes monárquicos.

A pesar de ello, se aplaudieron calurosamente las manifestaciones de Salmerón.

También puede citarse la célebre sesión permanente que hubo en el Congreso en los últimos días de Octubre de 1904, cuando se discutía, con ocasión de que concedieran unos suplicatorios, una cuestión de tanta gravedad como la de la inmunidad parlamentaria.

Las oposiciones monárquicas pastelearon con el Gobierno, y sólo Canalejas sostuvo con verdadera energía el indiscutible derecho con que los republicanos defendían aquella prerrogativa.

¿Por qué estaba tan solo?

¿Sería acaso porque, estorbando en su propio campo, quisieran los que se llaman sus amigos políticos arrojarlo por la borda, para que

nafragara con los republicanos, presentándolo luego á los ojos del Monarca como amparador de las huestes antidinásticas?

Transcendentalísimo fué el discurso leído por el Sr. Canalejas en la Academia de Jurisprudencia, en Abril de este año.

Ante el Rey, ante el Gobierno, ante la representación más brillante de las clases intelectuales, expuso aquél sus ideas, que representan una verdadera revolución en el orden político-social de España.

Ese discurso es de una intensidad tan colosal, que suspende el ánimo y deja una profunda huella en el espíritu de todo el que lo lee.

Trata todas las materias que han sido objeto de sus más profundos estudios; llega á la entraña de las cuestiones sociales, de las que extrae realidades palpitantes; analiza la estructura del cuerpo social en su diferenciación del Estado, y con una alteza de miras extraordinaria, demuestra cómo la nueva ciencia jurídica, cómo las propias leyes físicas y mecánicas persiguen la felicidad universal.

Es un discurso que señala valientemente un rumbo de regeneración, y si sirve de enseñanza para todos, porque difícilmente se encuentra un resumen más acabado y más completo de los estudios sociológicos, no sirve menos de ejemplo á los políticos, para que comprendan que por esos caminos se llega á la dirección de los destinos públicos con verdadera autoridad, porque se sacrifica todo por las ideas, en cuya defensa se lucha arduosamente, y mirando muy por alto de las minucias y pequeneces que suelen ser pasto abundante de los políticos de campanario, se busca la necesaria solidaridad entre todos los elementos intelectuales, y se pone por encima de todo el derecho á pensar, que la razón y la conciencia humana necesitan para cumplir sus altos fines sobre la tierra.

Los que combaten á Canalejas haciendo hincapié de sus censuras en la debilidad de su carácter, ¿creen que puede albergarse en un cuerpo humano la absoluta perfección?

¿Diríamos que San Agustín no fué una de las más grandes lumbreras del cristianismo, porque fué discípulo de los Maniqueos y por la vida de crápula que hizo antes de su conversión?

¿Negaremos que Alejandro Magno ha dejado un nombre inmortal que todavía celebran en sus versos los pueblos de Oriente, que no produjo, con su extraordinaria expedición guerrera, una de las más grandes revoluciones del mundo, por haberse entregado á las corrompidas costumbres orientales y haber obligado á que sus súbditos se prosternasen ante él como si fuera Dios?

¿Dejará de ser sabio Don Alfonso X por la debilidad que demostró al otorgar grandes concesiones á los nobles sublevados y por haber alterado la ley de la moneda?

¿Dejará de ser un gran poeta Aristófanes, porque, víctima de un error desgraciado, tomara á Sócrates por el representante de los sofistas?

¿Quitará los méritos de gran soldado á Marco Antonio la ciega pasión que contrajo por la bella reina Cleopatra?

¿Negaremos que Augusto fué dueño del mundo antiguo, y mereció que su siglo llevara su nombre y su época se apellidase edad de oro de la literatura latina, porque dejó á Cicerón abandonado á la venganza de Marco Antonio, que lo hizo asesinar?

¿Negaremos que Julio César fué un grande hombre, uno de los primeros capitanes de la antigüedad y uno de los genios políticos más inteligentes y hábiles, porque sus costumbres eran tan licenciosas, que mereció que se le llamara el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos?

¿Negaremos que Cicerón fué el primero de los antiguos oradores y un gran escritor, por los defectos que tuvo como hombre político?

¿Negaremos que Séneca es un filósofo notable, en cuyas obras resplandece una moral sublime, animada por el espíritu de la caridad, porque fuera un ambicioso, que iba afanosamente en busca de honores y de riquezas?

¿Negaremos que fué un gran jurisconsulto Justiniano, porque en sus admirables obras de legislación se vea el espíritu que sacrificaba á menudo el derecho y la equidad ante la omnipotencia del Emperador?

¿Negaremos que Carlomagno es la figura más colosal entre los Reyes de la Edad Media, porque entre sus aficiones guerreras y entre su decidida protección á todas las manifestaciones del saber, entremezclara su deseo de dogmatizar en materias de fe y de disciplina eclesiástica?

¿Dejará de ser Dante el autor inmortal de *La Divina Comedia*, porque los accidentes de su azarosa vida le llevaran á enconar muchas veces la lucha entre los güelfos y los gibelinos?

¿Amenguará el valor del Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, el hecho de presentar unas cuentas excesivas por los gastos que hizo en la conquista del reino de Nápoles?

¿Dejará de ser un hombre grande el Cardenal Cisneros, que hizo patria y combatió el predominio de la nobleza, creando el estado llano, porque, teocrático en demasía, le llevara su intransigencia religiosa á promulgar la expulsión de los judíos?

No me extendiendo en más citas de personajes célebres de las modernas edades, por no alargar las proporciones de este trabajo.

Ahora bien; con un hombre como Canalejas, con un programa como el suyo, ¿pueden vacilar los amantes del progreso y de la libertad en seguir las huellas que éste imprime á la política nacional?

Debemos, todos cuantos seamos sus amigos de verdad, ayudarle con lealtad inquebrantable, con los entusiasmos debidos á su poderoso esfuerzo.

Hubo una época, cuando estábamos en pleno ostracismo, en que por todas partes y por todos los medios se nos combatía, no encontrando nada más que amarguras en nuestro camino; que el ser democrata parecía título suficiente para concitar contra nosotros todas las iras del Poder público y todas las tempestades de los partidos afines.

Hoy las circunstancias han cambiado; hay que erguir la cabeza; debemos protestar contra los que se oponen á que prospere la política democrática, sean quienes fueren: y si la protesta supone rebeldía contra una organización social mal constituida, y contra unos partidos políticos concupiscentes, levantemos la bandera de rebelión.

Después de la Asamblea célebre de los liberales, este partido quedó deshecho. Era un cadáver que se pudría en Atocha con el cuerpo de Sagasta.

Sólo había entonces un elemento que tuviera vida propia; ese elemento era Canalejas.

Si éste resiste, la jefatura del partido hubiera ido á él indiscutiblemente. Pero atento, más que á su interés personal, á lo que él creía conveniencias nacionales, sacrificó su prestigiosa personalidad y se unió á Montero Ríos.

Se unió á un cadáver, al cual dió vida con el poderoso impulso de sus doctrinas, comunicando la exuberancia de la suya al cuerpo galvanizado de los monteristas.

No hay que olvidar que, si bien Montero Ríos representaba un partido constituido, Canalejas representaba la opinión, el alma nacional, el ansia de reformas y de progreso que por todas partes se siente.

Montero Ríos representaba, cuando más, el cable por el cual se llega al Poder dentro de este régimen de prejuicios y de convencionalismos, representaba quizá á la Monarquía; pero Canalejas representaba al pueblo.

Conviene que se encarnen y se unan los dos para bien de la Patria, pues no debe olvidarse que, en último término, las Monarquías desaparecen y los pueblos subsisten.

Moret, al realizar la unión de sus amigos con los demócratas, no se cuidó de otra cosa que de conservar su jefatura sobre el grupo, que no se identificó con el partido de Montero Ríos, sino que ha formado con él una especie de alianza. Es decir, que no quiso perder su carácter de jefe, lo cual ha hecho valer cuando ha llegado el momento del triunfo.

Canalejas se ofreció incondicionalmente como un soldado de fila, queriendo únicamente ser abanderado, para no dejar ni un sólo momento la bandera de sus ideas y reformas.

Este es el grito más hermoso que aquí ha dado político alguno.

Todos disputan siempre por la jefatura, por las presidencias de las Cámaras, por los puestos más preeminentes. Canalejas no ha querido ser nada más que abanderado.

Pero ¡ah! es que en aquellos otros puestos está sólo la importancia personal del que lo ocupe, y en el de abanderado está también la enseña del partido, superior á todo.

Por eso Canalejas tiene en su poder la bandera, ó sea las doctrinas, el credo democrático; por eso su papel es el más importante, porque donde esté él con su bandera, está la libertad, el progreso, la democracia, el alma nacional, en suma.

Los que, fijándose en otros puestos más elevados, han creído empuñarse su figura, ¡en qué error han incurrido!

La bandera atrae las miradas de todos, porque flota augusta sobre jefes y soldados, sobre caudillos y vasallos; porque es, en el Ejército, la enseña de la Patria, y en los partidos políticos, el credo que les da vida.

El partido liberal está deshecho. Para que haya unión en un partido no basta que estén conformes sus elementos en las cuestiones de personal, que es lo que podríamos llamar solidaridad mercantil de los intereses; es más necesaria la solidaridad moral de las ideas, única base sobre la que puede asentarse un partido político.

Muchas veces esa unión es difícil, por antagonismos personales y por la ambición bastarda de una prebenda codiciada.

No hay que olvidar que éste es un momento crítico para el partido liberal-democrático, que tiene que demostrar con hechos que la obra de la revolución cabe muy bien dentro de la Monarquía, y que no son estrechos para ella los moldes del régimen imperante; que la libertad y la tolerancia salgan de las estrecheces de espíritu que hoy privan; que se haga política á la moderna, y que se resuelvan los problemas pendientes con un amplio sentido democrático.

No olvide el partido liberal que ya han desaparecido todos los hombres que podían dar alguna significación no muy democrática á sus actos y á sus resoluciones. Que ya han desaparecido Posada Herrera, Alonso Martínez, Gamazo y Martínez Campos. Hoy los que impulsan la corriente de ese partido se llaman Montero Ríos, Moret, Canalejas y López Domínguez, y el abolengo de éstos no hay que buscarlo en las derechas conservadora, ni fusionionista, ni unionista, ni progresista; hay que ir lejos, mucho más lejos: al campo republicano, de donde vienen todos ellos; el más cercano es de la izquierda dinástica que fundó el Duque de la Torre.

El Gobierno liberal que hace poco se ha constituido asume una responsabilidad como pocas veces ha tenido igual otro Gobierno.

Son las actuales las circunstancias más críticas en que se ha encontrado España hace mucho tiempo; desde el desastre colonial se viene hablando de regeneración, y la regeneración no aparece por ninguna parte; incúmbele hacerla ahora al partido liberal, el cual no debe olvidar un solo momento sus compromisos y pensar que la marcha de la Historia es inevitable; que no se crea que el partido liberal está imposibilitado de iniciar una campaña de reformas, en consonancia con sus ideas; que no se enteren las gentes de que el pleito está reducido á una lucha de personas.

Son, indudablemente, momentos difíciles los que atravesamos, pues parece que todas las pasiones se exacerban, marcando los grandes antagonismos de las propias agrupaciones políticas.

Y, claro está, á la sombra de ello nace y germina potente una especie que quiere tomar cuerpo á fuerza de ser repetida: la del Poder personal del Rey.

Aquí faltó una revolución cuando el desastre colonial, y como todo el mundo clamaba entonces contra los políticos, contra los partidos, contra las Cortes; como faltaron en unos y en otros demostraciones viriles y enérgicas contra las causas y los causantes que nos habían llevado al desastre, se fué condensando ese estado de opinión, formando un sedimento extraño, que hoy hace germinar aquellas ideas.

Muchos creen que sólo se regeneraría nuestra Patria, ó con una revolución, ó con el entronizamiento del Poder personal; y como las revoluciones no se improvisan y realmente no hay ahora ambiente revolucionario en nuestro país, queda el segundo peligro como único fantasma que flota en el campo de nuestras desventuras.

La relajación de la disciplina social, los personalismos que agitan á las agrupaciones políticas, dispuestas siempre á transigir y á postergar las ideas, encrespadas y bravías cuando se trata de luchas personales; todo esto crea una situación excepcionalmente anómala.

Es tan grave eso del gobierno personal del Rey, que tal y conforme lo propalan algunos que, con notoria ligereza, no se dan cuenta de

la posición que ocupan cerca del Monarca, parece una especie de trágala al espíritu liberal del país, una especie de advertencia á los prohombres liberales que se distinguen por sus ideas avanzadas, de que son incompatibles con la Monarquía.

Qué desgracia más grande es para nuestra Patria que, cuando van á desaparecer los últimos vestigios autocráticos que quedan en Europa, pueda ser posible pensar aquí en algo que iría contra las impetuosas corrientes del pasado siglo, algo que mataría un régimen que se practica en todo el mundo y que se necesita en España.

En último término, los poderes personales del Rey no sirven nada más que para acumular responsabilidades sobre su persona, y cuando éstas son muchas, el tumulto popular hace presa en él para hacer justicia, que no hay mayor nivelador de poderes que el pueblo embravecido por las injusticias de los poderosos.

Fiémoslo todo en la opinión, que tiene su más seguro refugio en las Cortes; salgan de allí los Gobiernos con ambiente constitucional; cumplan los partidos políticos de oposición su misión fiscalizadora y, con el esfuerzo de todos, se salvará España del riesgo á que pueden conducirla Ministros torpes que, convertidos en aduladores cortesanos, hacen que puedan alentarse ciertas ideas en cerebros juveniles, cuya inexperiencia podría labrar su propia ruina.

No olvidemos que hay un espíritu común á todas las naciones, que tuvo su origen en los lejanos tiempos de la Roma antigua, que sostuvieron después el Renacimiento, la Reforma, las Revoluciones inglesa, francesa y norteamericana, y que en el orden social están representados por el derecho civil, y en el orden político en el sistema representativo y constitucional; porque no hay que olvidar que todo ello ha venido á producir una gran renovación en el mundo, ha venido á hacer iguales á las naciones y á hacer que todas se sientan afectadas por los movimientos de avance ó retroceso de los pueblos.

Es necesario hacer que el sol de la libertad caliente por igual á todos los españoles, que su luz majestuosa alumbre los campos y las ciudades.

Hay que tomar el camino más adecuado para llegar al corazón del pueblo y trabajar para el afianzamiento de la paz social.

Si nos asomamos al extranjero, vemos por doquier la vitalidad y la grandeza de las instituciones democráticas. La tradición, el privilegio, han muerto allí; por eso las naciones son potentes y grandes.

La entraña de otros países que son eso último puede enseñarnos mucho, puede enseñarnos de qué manera conquistaron esa grandeza y ese poder; y haciendo abstracción de que sean Repúblicas ó Monarquías, hay que estudiar el progreso, dondequiera que se halle, para llevarlo á nuestras leyes, que están bien necesitadas de orearse con aires vivificantes de la Europa culta y progresiva.

Pobres de los que creen que el bienestar está en la quietud, que los radicalismos sociales y anticlericalistas son incompatibles con la prosperidad de las naciones. Nunca ha estado España mejor que cuando han soplado por aquí aires de revolución, y si algo tenemos de libertad y de democracia, debido ha sido todo ello á una revolución: á la del 68.

Toman la revolución como desorden y no la toman en su verdade-

ro sentido: en el de oposición al quietismo, á la tradición y á la rutina.

Libertad para todos, para la encarnación de todas las ideas, para que sea fecundo el progreso de la evolución civilizadora.

No basta que estén consagrados en las leyes los derechos del hombre; es preciso que se consagren también en las costumbres, ya que el caciquismo se interpone entre las leyes y los ciudadanos, falseando aquéllas y haciendo ilusorios los derechos por ellas reconocidos.

No hay ambiente más puro para la vida de un pueblo que la libertad. La raza humana necesita de ese oxígeno para vivir; por eso se impone en el concierto universal el derecho de gentes, que está muy por encima de las discusiones de los hombres; por eso los pueblos que son verdaderamente liberales, que aman la libertad, que la practican, que la rinden culto, son hermanos; porque no hay nada que como la libertad pueda ser madre universal de los hombres y de las naciones.

Ninguna ocasión mejor que ésta para dedicarse de lleno al engrandecimiento interior de este país.

Hace quince ó veinte años era más difícil. Entonces, el pavoroso problema de la guerra europea flotaba en el ambiente de todos los Estados.

Enormes masas de hombres sostenidas en pie de guerra, inmensos gastos que aniquilaban los recursos de las naciones, las cuestiones de fronteras que producían disgustos continuados, que mantenían vivas las suspicacias y las susceptibilidades de los pueblos, tenían en constante estado de amenaza la paz de Europa.

Pero comprendiendo todos que la conflagración había de ser inmensa por los formidables elementos que tomarían parte en la lucha, nadie ha querido cargar con la enorme responsabilidad de ser causa ocasional para una guerra.

Por eso se han arreglado satisfactoriamente las diversas cuestiones que se han suscitado entre naciones europeas. Por eso ha sido posible que éstas sostengan guerras con otras de América, Africa ó Asia, cuyo campo de acción estaba fuera de nuestro continente; pero se ha evitado la lucha entre naciones europeas y parece que se ha afirmado el sentido de la paz.

Aprovechémoslo para regenerar á España, ocupémonos de esta pobre nación.

No detengamos el curso de la Historia; la ley del progreso es superior á la propia voluntad humana, y ella nos dice: ¡adelante!, ¡adelante!

